

JOSE ESTEVE FORRIOL

LA VIDA RELIGIOSA DE ALAQUAS A PRINCIPIOS DE ESTE SIGLO (II)

Seguimos recordando los momentos más destacados de la vida parroquial de nuestro pueblo, tal como ocurría durante los primeros decenios de este siglo. La guerra del año 1936 marcó un cambio importante. Algunas costumbres perduraron hasta más tarde o incluso hasta hoy. Otras se perdieron para siempre.

LOS SIETE DOMINGOS

En el número anterior de estos "Quaderns" esbozábamos las actividades religiosas de la localidad, siguiendo el año litúrgico desde sus comienzos en el Adviento hasta las fiestas de Carnaval, que caía casi todos los años en el mes de febrero y coincidía con los Siete Domingos de San José. Era ésta ya entonces una devoción muy arraigada. Se comulgaba durante los siete domingos que precedían a la fiesta del Santo. Pastoralmente ofrecía la ventaja de que dichas comuniones tenían lugar en la Cuaresma, tiempo en que obligaba el precepto de la comunión pascual y ello facilitaba, por tanto, el cumplimiento de aquella disposición de la Iglesia. Las tardes de estos domingos se llenaba el templo parroquial para el ejercicio correspondiente y se predicaba.

Hoy en día el ejercicio se hace por la mañana.

COSTUMBRES DE LA CUARESMA

Durante la Cuaresma se rezaba todos los días el Vía Crucis en el templo y se intensificaba la predicación. Los viernes venía de fuera un predicador, un "cuaresmero", como se le solía designar. Se exponía un punto de catecismo y un comentario al evangelio del día. Si el predicador pertenecía a una orden religiosa el punto de catecismo o de doctrina corría a cargo de un hermano lego, no sacerdote, que solía hablar en valenciano y contar alguna que otra anécdota graciosa para hacer más amenas sus palabras. En el comentario al Evangelio el padre cuaresmero se esforzaba en fustigar los vicios y elevar el nivel de la vida religiosa entre los fieles. Al término del sermón se cantaba una plegaria popular de arrepentimiento, como:

*Perdón, oh Dios mío,
perdón e indulgencia,
perdón y clemencia,
perdón y piedad.*

SEPTENARIO DE LA VIRGEN DE LOS DOLORES

Se celebraba el Septenario a la Virgen de los Dolores los siete días primeros del tiempo de Pasión y terminaba, por tanto, el viernes anterior al Domingo de Ramos, viernes éste en el que la Iglesia daba culto a la Virgen Dolorosa. En el ejercicio vespertino tenía lugar la adoración de la Santa Cruz, una costumbre valenciana que se perdió después de nuestra guerra y de la que ya casi nadie se acuerda y corre peligro, por tanto, de caer para siempre en el olvido. Las iglesias aparecían durante estos últimos días de la Cuaresma enlutadas con grandes telas moradas que cubrían de arriba abajo los altares y también las imágenes y las cruces, incluso la cruz procesional, que salía en los entierros por las calles igualmente cubierta de este modo. Se exteriorizaba así en todas las iglesias del mundo el dolor y el sentimiento por la pasión y la muerte de Cristo, recordadas en aquellas fechas. Entre nosotros, en Valencia, se hacía una excepción, mostrando al pueblo la cruz, descubierta, sin velo alguno, sólo en un acto celebrado todas aquellas tardes durante el ejercicio de los Dolores de la Virgen al que nos estamos refiriendo. Salían de la sacristía dos acólitos con hábito de "vesta", o sea, como los nazarenos o penitentes de las cofradías de nuestras Semanas Santas españolas: vestido talar hasta los pies, de color negro o morado, y cubierta totalmente la cabeza con un paño del mismo color, en el que sólo se habían practicado dos orificios para permitir la visión a la altura de los ojos. Llevaban cada uno una especie de banderola alta en cuyo extremo superior colgaba una tela pintada con motivos y atributos relativos a la Pasión. Les seguía el clero y el preste o sacerdote que llevaba la "Vera Cruz" o reliquia de la verdadera cruz del Señor, consistente en una astillita pequeñísima engastada en un relicario en forma también de cruz, y cubierta para aquella ceremonia con un velo oscuro como las demás cruces e imágenes de la iglesia. De la sacristía se dirigían al altar mayor, cantando el himno latino "Vexilla regis prodeunt, fulget crucis mysterium" ("Avanzan los estandartes del Rey, brilla el misterio de la cruz..."). En las paredes del presbiterio, a una y otra parte, había instaladas unas pequeñas poleas, por las que horizontalmente corrían unos cordones que sostenían dos cortinas de unos dos o tres metros de altura y también de color morado, de suerte que el sacristán manejando los cordones podía juntarlas para dejar oculto a la vista de los fieles el rellano o parte más alta del presbiterio y la mesa del altar o, por el contrario, podía también abrirlas, corriéndolas hacia una y otra parte, estirándolas de los cordones en sentido contrario. Cuando el sacerdote portador de la reliquia, después de subir las gradas del presbiterio, la depositaba sobre el altar, se corrían las cortinas, mientras le quitaba el velo que la cubría. Cuando se volvía hacia el pueblo con la reliquia descubierta, se abrían las cortinas; durante un breve espacio la mostraba al pueblo y luego lo bendecía haciendo con ella la señal de la cruz. Entre tanto el "cabiscol" o cantor con voz de bajo profundo cantaba otra estrofa del mismo himno de la Cruz: "O cruz ave, spes unica/ hoc passionis tempore/ piis adauge gratiam/ reisque dele crimina"

("Salve, oh cruz, única esperanza nuestra, en este tiempo de Pasión aumenta la gracia de los buenos y perdona a los pecadores sus delitos"). Se volvía a cerrar el presbiterio con las cortinas, mientras el sacerdote cubría de nuevo la reliquia con el velo sobre el altar. Abiertas de nuevo, bajaba a la nave de la iglesia para recorrerla en procesión precedido de las banderolas y del clero, que proseguía el canto del himno hasta volver a la sacristía.

Terminaba el acto con el ejercicio y oraciones propias de los Siete Dolores de la Virgen. Era aquella una ceremonia, para aquellos tiempos, impresionante, que recordaba, siquiera fuera de lejos, la seriedad y religiosidad de las liturgias orientales, en las que una pared adornada con cuadros de santos separa el altar de la vista del pueblo, mientras se celebran los sagrados misterios. Los nuevos tiempos ven la cosa de otra forma y después de la guerra dejó de celebrarse aquella ceremonia.

SEMANA SANTA EN ALAQUAS

La bendición de las palmas el Domingo de Ramos - a diferencia de la gran solemnidad y concurrencia que tiene hoy en día - entonces apenas tenía relieve. La misa mayor era cantada como los demás domingos y lo único extraordinario era la procesión de las palmas, que se limitaba, con poca asistencia, a recorrer la "placeta de la Creu", inmediata al templo.

Ya dentro de la Semana Santa, el Martes y el Miércoles Santos tenía lugar la bendición de las casas. Era una ceremonia contenida en el "Ritual Romano". En la fiesta más grande del año, como es la Pascua de Resurrección, el párroco recorría las casas de su feligresía para bendecirlas y felicitar de este modo a las familias. El "Ritual" señalaba como fecha apropiada para ello el Sábado Santo. Pero como, por lo general, no era posible en un solo día recorrer toda la feligresía, se había impuesto entre nosotros la costumbre de trasladar esta bendición al martes o miércoles anteriores al Jueves Santo. Ello dio lugar a un malentendido, por que la gente interpretaba de otra forma la ceremonia, en el sentido de que con la visita del párroco se representaba una supuesta "despedida" del Señor, antes de comenzar la pasión. El Sr. Cura por un lado de las calles y el Sr. Vicario por el otro saludaba a las familias reunidas a la puerta de las casas con las palabras rituales (en latín): "La paz sea a esta casa". Utilizando el hisopo ("sarpasset") rociaba con agua bendita a los presentes. De ahí el nombre de la "sarpassà", con el que el pueblo designaba toda la ceremonia. Un acólito llevaba sal bendecida previamente, de la que dejaba una parte en el platito que le presentaban las mujeres. El sacerdote, revestido con roquete y estola, debía besar todos un crucifijo y rezaba una oración. Los fieles lo obsequiaban con huevos. También se conocía esta ceremonia con el nombre de "les maçaes" porque no faltaban nunca los niños del pueblo, que con "maçetes" o pequeñas mazas de madera - que a veces les construían de artesanales propios padres - iban por delante y golpeaban las puertas

para avisar a las casas la proximidad del sacerdote y, cuando les sobraba tiempo, porque la ceremonia discurría siempre con más lentitud, se sentaban en círculo en medio de la calle y golpeando el suelo rítmicamente, cantaban:

*Ous en el ponedor,
bastonaes al (senyor) Retor;
ous en la pallissa,
bastonaes a (la tia) Lluïsa.
Ous en el armari,
bastonaes al (senyor) Vicari;
ous en el clot,
bastonaes a Quicot.
Ous en l'andana,
bastonaes a la (tia) Tana...*

Las mujeres se oponían a que los chicos se excedieran en los golpes al aporrear las puertas, en medio de la algazara y alegría de todos.

El Jueves Santos era el día señalado por la costumbre (en aquellas épocas en que apenas comulgaban los fieles) para "cumplir", como se decía, "en parroquia", sobre todo, los que sólo comulgaban una vez al año. La víspera por la tarde hasta entrada la noche se oían confesiones. Los hombres acudían a la comunión con el atuendo más solemne, que era la capa, amplia y larga, típica de nuestros pueblos y entonces aún en uso. Durante la misa, que era cantada aquel día, llegado el momento de comulgar, dos acólitos sostenían extendido de parte a parte, delante del altar, un "pañó de hombros" o velo humeral de damasco blanco, a modo de comulgatorio. Hombres y mujeres subían y se arrodillaban ante él para recibir la Eucaristía, mientras el cabiscol semitonaba, recitando en un sólo tono el salmo de penitencia "Miserere mei, Deus" ("Ten misericordia de mí, oh Dios, según tu gran misericordia"). Terminada la misa, se llevaba en procesión por la iglesia el Santísimo Sacramento bajo palio, acompañado de cirios y de los típicos faroles hasta el Monumento instalado en un altar lateral, donde quedaba reservada en un sagrario o arqueta la Eucaristía. Se adornaba el Monumento profusamente con luces y flores sin que faltaran las obligadas "formenteres" (o "formentets"). Estas últimas se habían preparado durante algún tiempo antes. Consistían en granos de trigo (también podía ser de lentejas, altramuces o de otros frutos parecidos) que se les hacía germinar en platos llenos de serrín muy húmedo y que, ocultos a la luz (casi siempre debajo de las camas) y desprovistos por eso mismo de clorofila, crecían en forma de unos filamentos blancos finísimos y se adornaban luego con cintas de colores y flores. Terminada la liturgia del Jueves Santo, se exponía en un "llit" o lecho de muerte la imagen de Cristo yacente. Con especial devoción todos, y con profunda fruición sobre todos los niños, acudían a besar las heridas que habían dejado los clavos, representadas en el cuerpo sin vida del Señor.

Las Hermanas Doctrineras y las Oblatas celebraban también los Oficios y tenían su propio Monumento. Los fieles podían acudir a sus capillas lo mismo que a la Iglesia para hacer las visitas requeridas y lucrar las indulgencias concedidas a esta práctica piadosa. Normalmente se hacía cinco estaciones y en cada una de ellas se rezaban cinco Padrenuestros con Avemaria (omitiéndose el "Gloria Patri", lo mismo que en todos los salmos de la Liturgia de aquellos días, porque el "Gloria" tenía carácter de alegría), y aún se añadía otro Padrenuestro "por las intenciones del Romano Pontífice" y un Credo "a Jesus Sacramentado por nuestro amor". Antes de cada Padrenuestro se repetían unos versos, fruto de una poesía tradicional y popular:

*Arca sagrada,
Santísimo Sacramento,
Nuestro Señor
en el Monumento...*

El Viernes Santo, muy de mañana, solía ir la gente a "fer les creus" o sea, a rezar el Via Crucis en el "Calvari". El Calvario, hoy desaparecido, estaba al comienzo del "Camí vell de Torrent" en el tramo que iba desde Alaquás hacia el Cementerio precisamente en el lugar donde se levantó más tarde la Sección Filial del Instituto de E. M. "Luis Vives". Era un espacio amplio, de forma rectangular, a cielo descubierto, pero delimitado por paredes en las que estaban distribuidas las catorces "casete" o estaciones del camino de Jesús hasta el Calvario, representadas en azulejos. En el espacio interno existían varios "pinets" o cipreses, que daban al lugar el ambiente apropiado serio y respetuoso.

También ha desaparecido otro calvario más antiguo que existía en "el pati del convent", un espacio casi cuadrado, formado por la fachada de la Iglesia de la Virgen del Olivar y la fachada de la residencia de las Oblatas y cerrado por dos verjas paralelas a aquellas fachadas con barrotes de madera pintados de verde y una puerta al exterior en cada una de estas dos verjas. En el centro de este patio descubierto, por el que era necesario pasar para entrar en la iglesia o en el convento, había una cruz de piedra y adosadas al perímetro del mismo estaban las estaciones del Via Crucis" con azulejos, por cierto, bastante deteriorados con el correr de los tiempos, porque los chicos habían querido exteriorizar su aversión hacia los personajes que maltrataban a Jesús, picando sus figuras, que ya de por sí estaban representadas de forma bastante repulsiva. Ello había dado pie a la expresión "judío de rajoleta" para indicar a una persona de aspecto y rostro muy desagradable. Hace ya bastantes años que para facilitar el paso de la carretera o "fillola d'Aldaia" y dejarlo más recto, en la forma que tiene ahora, fueron derribadas las partes correspondientes a las dos verjas, y desapareció el "pati".

En la mañana del Viernes Santo se celebraban los oficios propios del día

y por la noche el Santo Entierro. El sepulcro con la imagen, yacente de Jesús estaba en el Convento. Los hombres asistían a esta procesión con la capa típica. Los sacerdotes presidían sin ornamentos sagrados, vestidos tan sólo con la sotana negra y el manteo y cantaban el "Miserere" como en los entierros ordinarios.

Los ayunos y la abstinencia de carne eran en aquellos tiempos mucho más rigurosos que hoy en día. Algunas personas piadosas, voluntariamente, aún añadían a los de la Cuaresma el ayuno del "traspás". Esta palabra que propiamente significaba "paso" o "tránsito" se emplea especialmente para indicar en general, el paso de ésta a la otra vida y muy en particular se mantenía en uso en la época de que estamos hablando para caracterizar el ayuno que se hacía en los días en que se recordaba la muerte y pasión del Señor. Consistía en no comer nada desde las 10 de la mañana del Jueves Santo, en que, aproximadamente, quedaba reservado el Santísimo en el Monumento hasta las 10 de la mañana del Sábado Santo cuando las campañas tocaban a gloria, anunciando la Resurrección.

SABADO DE GLORIA Y FIESTA DE PASCUA

Los oficios del sábado, que eran sin duda alguna los más largos de todo el año, comenzaban muy temprano, alrededor de las siete y media, para que el toque de Gloria tuviera lugar a las diez. La asistencia no era muy grande, porque ni este día ni el Jueves y Viernes Santos eran, como tampoco lo son ahora, días de precepto. Las mujeres acudían a la Iglesia cuando calculaban que se estaba bendiciendo el agua de la pila del bautismo, para llenar en cacharros de las más distintas formas y tamaños el agua bendita con que rociaban luego las casas. El tumulto de tantas mujeres - y también de niños - iba acompañado de desórdenes y de voces y ruidos, que más bien perturbaban las ceremonias y ocasionaban alguna advertencia más o menos fuerte por parte de alguno de los presentes.

Desde la mañana del Jueves Santo se había guardado respetuoso y religioso silencio por las calles. Se evitaban los juegos y los gritos de niños y mayores, como si fueran pecado. Estaban cerradas las tabernas. No se tocaban las campanas y las cuerdas con las que se hacían sonar desde el interior del templo, colgaban hacia abajo a la vista de todos por el exterior de la torre. Porque para avisar a los fieles la celebración inmediata de los actos religiosos no se hacía uso de las campanas, sino que eran unos niños los que recorrían las calles tocando "les bazoles", artificio constituido por una pieza plana de madera que llevaba unidos unos anillos u otras piezas articuladas y al ser movido de forma conveniente, producía un sonido pene-

trante, más bien sordo y triste en consonancia con el carácter de aquellos días. Por fin llegaba el momento esperado por todos con impaciencia. Muy de mañana se había bendecido el fuego a la puerta de la iglesia, Luego se había encendido el cirio pascual y se habían leído las doce profecías. Junto a la pila del bautismo se había bendecido el agua. En posición completamente horizontal en tierra, con la cabeza reclinada sobre sendas almohadas, los sacerdotes se habían postrado ante el altar mayor, mientras en las letanías invocaba la intercesión de todos los santos y santas del cielo con el "ora pro nobis". Comenzaba la misa y cuando, a eso de las diez, el sacerdote oficiante con toda solemnidad cantaba el "Gloria in excelsis Deo", la explosión de alegría por la Resurrección del Señor alcanzaba las cotas más altas de todo el año. De repente y con sus más potentes registros volvían a escucharse las ensordecedoras melodías del órgano, callado durante los días precedentes. Sonaban todas las campanas, desde las más pequeñas en manos de los acólitos y las del "rogle" (o carrillón que había a la puerta de la sacristía) hasta las del campanario. Los hombres hacían descargas de pólvora, disparando las escopetas. En tiempos más recientes se disparaban también cohetes. Las mujeres reservaban para este momento los cacharros viejos de la cocina (peroles, cazuelas, platos, etc.) y los rompían en la calle frente a sus casas, aumentantando con ello el ruido y el jolgorio. Volvía así la normalidad a la vida del pueblo, medio adormecida durante los días anteriores, aunque no del todo. Porque la actividad en los hornos lejos de disminuir se había acrecentado hasta hacerse casi, casi febril.

Las mujeres habían aprovechado aquellos días para "fer dolços" y preparar los dulces de Pascua: "panquemao", "coques de anous (sic)", y, sobre todo, "les mones". Estas se adornaban con anisetes y una especie de plumitas, bolas y objetos de fantasía que se compraban en Valencia. Pero lo más antiguo eran unas figuritas muy pequeñas, hechas con una masa de pan, a la que se le daba algo de color con un poco de azafrán y que era lo suficientemente dura para que con los dedos y con la ayuda de las tijeras se les pudiera dar forma, unas veces de "pinet" (en forma cómica muy alargada, con unos cortes laterales hechos con tijeras que simulaban las ramas del ciprés, clavado todo ello en un palillo o "furgadents" como si fuera éste el tronco); otras veces eran "rabosetes" o sea, zorritas con la piel erizada mediante pequeños cortes de tijera y con la larga cola enroscada formando casi un círculo; había también perritos, cerditos, jarritas, planchitas para la ropa, zapatitos, y otras mil figuras fruto de la imaginación y el arte de unas "forneres", que lo habían aprendido por tradición. Las últimas murieron hace ya años y la costumbre artesanal se perdió con ellas para siempre.

El día de Pascua comenzaba con el canto de la Aurora, antes de clarear

el día, para invitar a los fieles al rosario de la mañana. Se repetía esta costumbre en domingo sucesivos hasta cubrir todos los domingos del mes de mayo. Con acompañamiento de algunos músicos se interpretaba una partitura bellísima, cuya letra era:

L'AURORA

*El domingo de Pascua brillante
cual sol radiante Dios resucitó
y a su madre sagrada aparece
Con el Dios te salve y Dios la saludó*

Tornada

*Venid a coger las flores fragantes y hermosas
que siembra Maria contra lucifer*

*De los Angeles se oyen las voces
ufanas y alegres cantan con placer
porque dicen que viene la aurora
repartiendo ñores al Amanecer*

Tornada

*Sacerdotes ministros de Cristo
que con vuestras manos levantaiis a Dios
y baja del Cielo a la tierra
con palabras Santas de Consagración*

Tornada

*A la Aurora teneis a la puerta
pidiendo limosna si la quereis dar
para hacerle un templo a su hijo
que no tiene casa ni donde habitar*

Tornada

*San Miguel con sus Armas
invita a todos que acudan para pelear
con Valor contra todo el Abismo
sin temer cobardes sus furias jamás. '
Venid sin tardar pues segura teneis la victoria
siguiendo los pasos del Caudillo tal
venid que al oir estas glorias a Maria
se queda sin fuerza el lobo infernal*

Tornada

Seguía el Rosario de la Aurora y más tarde el "Encuentro". Todas estas costumbres se han mantenido hasta hoy. En el "Encuentro" se recuerda la aparición de Jesucristo a su Santísima Madre después de la Resurrección. Es este un hecho que no se narra en los Evangelios, pero es afirmado como creencia piadosa. En realidad no carece en modo alguno de fundamento pensar que Jesús, vuelto a la vida, buscara a su madre para hacerla partícipe de la alegría de su Resurrección. Salía y aún sale una procesión de la Iglesia con la imagen del Sagrado Corazón (hay indicios de que en tiempos mucho más antiguos se sacaba el Santísimo Sacramento bajo palio).

Desde la Iglesia del Convento salía la imagen de la Soledad, que representaba a la Virgen Dolorosa vestida con un manto de color violeta claro y era venerada, sin duda alguna, desde la época en que el convento era de Mínimos hasta que fue destruida en el año 1936, en la primera capilla a la izquierda, según se mira hacia el altar mayor, por donde ahora se puede entrar en la sacristía. Para el "Encuentro" se le cubría la cabeza a esta imagen con un velo negro. Ambas procesiones discurrían en sentido opuesto por la calle Mayor hasta juntarse.

Con la imagen de la Virgen se hacían las tres "cortesies", bajándola y subiéndola en señal de respeto, ante su divino hijo resucitado, luego a los sones de la "Marcha real" se le quitaba el velo, se cantaba el "Regina caeli laetarc" ("Alégrate, reina del cielo...") y se soltaban palomos y "pardalets" cogidos en el "enfilat". Proseguía la comitiva con la imagen del Señor precedida por la de la Virgen hasta la Iglesia, donde se celebraba la Misa mayor.

Por la tarde se devolvía la imagen de la Virgen a la Iglesia del Convento.

Era también por la tarde cuando la gente joven salía al "secá" para bailar y cantar la "tarara":

*La tarara sí,
la tarara no,
la tarara mare
que la baile jo*

Se saltaba a la comba ("botar a la corda") con alpargatas "pasqueres" recién estrenadas lo mismo que los delantales limpiísimos de las chicas. Existían muy diversas formas de jugar al corro ("al rogle") y se llevaba preparado de casa un saquito con una buena merienda que terminaba siempre con la mona y el intento a veces fallido de "esclafar" (aplastar) el huevo duro en la frente del que más descuidado estaba.

Al anochecer regresaban todos al pueblo, cantando:

*Ja venim de berenar
de la font de la sardina:
s'he m menjat el xocolate
i s'hem deixat la coca fina.
Ai xúmbala catala xúmbala,
ai xúmbala del polisó,
ai xúmbala les xiques guapes
i les lletjes al montó..*

La fiesta se prolongaba con un segundo y tercer día de Pascua, que, hasta la promulgación del nuevo Derecho Canónico el año 1917, eran días de precepto. Ambas tardes se repetía la misma alegre salida al campo. El miércoles siguiente se hacía el "Soterrar de la Sardina". Se fingía burlescamente un entierro y se daba sepultura a una sardina. Y con razón, porque durante los días de abstinencia de carne durante la Cuaresma se había hecho uso excesivo de la sardina, salada o natural, que era, junto con el bacalao, el más barato de los pescados y la gente había quedado harta hasta la saciedad, abominando de este poco succulento manjar, sobre todo, después de haber saboreado la sabrosa "llonganiceta de Pasqua".